

**Oscilación y silencio en el archivo colonial latinoamericano.
La caída de Tenochtitlan en *Historia de Tlaxcala* (1592) de Diego Muñoz Camargo**

María Inés Aldao
(IdIHCS, UNLP / ILH, UBA / CONICET)

1. Historias mestizas. Oscilación y silencio

Dentro del vasto archivo colonial latinoamericano, encontramos pocos textos que narren con profusión el asedio a Tenochtitlan. Estos silencios resultan significativos dado que, en una lectura ingenua –si es que eso existe–, se podría pensar que las crónicas mestizas¹ tienen una visión condenatoria de los violentos hechos de la conquista de México, o que avalan por completo la conquista por ser el inicio de la evangelización novohispana. Ambas posturas serían erróneas.

Las historias mestizas son historias peculiares, tan difíciles de clasificar o conceptualizar como relevantes para el estudio del periodo colonial. Y en esa peculiaridad, el enunciador se presenta como un *continuum* imposible entre una cultura y otra, entre el pasado y el presente, en un intento por posicionarse en el mundo posconquista. Estas historias omiten el relato o presentan una visión suavizada de los horrores de la conquista: colocan en primer plano hechos y personajes que las crónicas de tradición occidental silencian, reescriben dicha historia de acuerdo a los intereses de cada cronista, destacan el papel de Hernán Cortés como artífice de la introducción del cristianismo, critican las consecuencias de la conquista en tanto pérdida del mundo conocido. Aluden a la destrucción de fuentes y brindan una nueva versión de la historia.

No obstante, los posicionamientos son oscilantes, pues de ninguna manera la cronística mestiza sigue un molde con el que se narra la historia. Pienso, por ejemplo, en *Historia de Tlaxcala* (1592) de Diego Muñoz Camargo, que brinda un relato de la conquista afín a los objetivos del cronista, esto es, destacar el papel de Tlaxcala en la historia. En este artículo haré alusión a esta crónica como ejemplo de la complejidad enunciativa de las historias mestizas en sus silencios y énfasis, y de la expresión híbrida de estos sujetos biculturales cuya escritura funciona como vehículo de posicionamiento y ascensión (Ramírez Santacruz y Costilla Martínez 2019).

2. La conquista según *Historia de Tlaxcala*: el relato del aliado

En *Historia de Tlaxcala* la descripción del arribo de Cortés y su compañía no a Tenochtitlan sino a tierra tlaxcalteca es exhaustiva y presenta otra mirada o, mejor, una conquista alternativa, nunca antes contada y, por eso, re-versionada. Así, la llegada a Tlaxcala, la figura de Cortés y la alianza con los *tlatoque* tlaxcaltecas funcionan como extenso prolegómeno de las batallas por México que no se narran y como inicio del puente tendido hacia el “presente” colonial en el que el enunciador se muestra sospechosamente cómodo, incluido, inserto, en un mundo en apariencia sin quiebres ni trauma.

Una de las peculiaridades de esta versión tlaxcalteca es la atención que presta al relato previo y posterior a la caída de Tenochtitlan. Si bien su mirada se acerca a la de las

¹ Siguiendo el clásico trabajo de Martin Lienhard, entiendo la crónica mestiza como “un grupo de textos que casi independientemente del origen étnico de sus autores, reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea (indígena y europea)” (105). Son mestizos el tipo de material utilizado y las operaciones (provenientes de distintas tradiciones) con que dichos materiales son incorporados en cada texto. Además, la crónica mestiza se caracteriza por varias peculiaridades que la convierten en un corpus único dentro de la cronística colonial, por ejemplo, la descripción de los pueblos cabecera de los que descienden los cronistas, un enunciador oscilante que silencia aspectos relativos a la conquista, una férrea adhesión al cristianismo y una atención especial al relato de los orígenes de los pueblos, entre otras.

crónicas de tradición occidental, no es una mirada completamente españolizada. Desde el comienzo, el narrador anuncia los agüeros que anticipan la llegada de los españoles desde una perspectiva providencialista: pirámides de fuego, un incendio en el templo de Huitzilopochtli, rayos y cometas en el aire, la inundación de la laguna, lamentos de mujeres, cuerpos con dos cabezas que desaparecen (Muñoz Camargo, 173-177) son algunos de los tantos prodigios que prevén el arribo.² Si los cometas anuncian en la tradición indígena la ira de los dioses o los cambios de poder (Rozat, 99), en las crónicas franciscanas se asocian a otro tipo de simbología: serán castigo de Dios sobre el pueblo que persista en sus prácticas idólatras. Frente al arribo, el relato se colma de “gran espanto”, “llantos y tristeza”, “calamidad y tribulación”, “alteración y sobresalto”, “temor y espanto” (Muñoz Camargo, 174). El horror manifiesto en la descripción acentúa la “pacificación” de la tierra que *a posteriori* pregona el enunciador.³

El relato indica que, ante la llegada, los indígenas pensaron “que el mundo era acabado, y que todas las generaciones de él habían de perecer y que era llegada la fin” (Muñoz Camargo, 179), situación que se confirma cuando más adelante se señala que:

Ya en este tiempo los dioses mudos se caían de sus lugares: había temblores de tierra y cometas del cielo que corrían de una parte y otra por los aires, los grandes llantos y lloros de niños y mujeres, de gran temor y espanto de que el mundo perecía y se acababa, que no hay lengua ni pluma que lo pueda ponderar ni encarecer. (Muñoz Camargo, 187)

Observamos lo celeste y lo humano conjugados por el espanto y, táctica recurrente en el texto, la dificultad de describir con “lengua” o “pluma” la extrañeza, tópico de lo inefable propio de las crónicas de Indias. Dicho patetismo, proveniente del relato del Apocalipsis, contrasta con el accionar de los españoles, fuertemente elíptico respecto de su crueldad, por ejemplo, en Cholula. La exacerbación de ese momento de tensión, incertidumbre y espanto—con el detalle de las mujeres y niños gritando de miedo—funciona como contrapunto de la serenidad arribada junto con los españoles.

En tanto, el recibimiento en Tlaxcala es descripto como grandioso solemne y multitudinario—cien mil hombres cubrían los campos y calles—, con la participación de los cuatro señores con “pompa y majestad” (Muñoz Camargo, 187). El relato parece ser una versión similar aunque invertida del famoso “encuentro” entre Cortés y Motecuhzoma. De aquí que el narrador acentúe el hecho de que son cuatro los gobernantes quienes reciben a Cortés, multiplicando la magnificencia de la escena.

Los españoles son hospedados y se les brinda comida y regalos (Muñoz Camargo, 189). A partir de aquí, el relato hace uso del discurso directo dando voz tanto a Cortés como a los *tlatoque*. Xicotencatl aconseja a los otros señores aprovechar la incipiente amistad para defenderse de México y Huexotzingo (Muñoz Camargo, 186), táctica que refuerza la idea de que los gobernantes tlaxcaltecas no fueron sometidos por la violencia para obtener colaboración sino que, también estrategias, aprovecharon dicha alianza.

Todo en el enunciador justifica y celebra la llegada, preámbulo de la conquista final. Según él, los *pipiltin* entregaban a sus hijas para que quedasen preñadas de los españoles y, de esta manera, continuar la generación de hombres “tan valientes y temidos” (Muñoz Camargo, 191). En casa de Maxixcatzin, en Ocotelulco (donde son alojados los recién llegados luego de aposentarse en la casa de Xicotencatl), los *tlatoque* preguntan directamente a Hernán Cortés sobre sus intenciones: “¿qué es lo que buscáis y lo que

² Esta parte del texto es una de las tantas que, según manifiesta la crítica, revelan la lectura y gran influencia del Libro XII de la *Historia* de Bernardino de Sahagún.

³ Respecto del término “pacificación”, John Elliott señala que es un eufemismo empleado por Cortés y adoptado como terminología oficial durante el reinado de Felipe II (155). Así se observa en Muñoz Camargo “Habiéndose ganado la ciudad de México y pacificado mucha parte de la Nueva España” (233).

queréis? ¿qué es vuestro designio y principal propósito, y a qué habéis venido a nuestras tierras?” (Muñoz Camargo, 193), gesto que pone de manifiesto la actitud alerta y nada ingenua de los tlaxcaltecas. Después de la famosa arenga de Cortés –versión suavizada del requerimiento–,⁴ los *tlatoque*, mediante una retórica altamente manipulada que nos recuerda al Motecuhzoma de la *Segunda carta de relación*, brindan una respuesta de completa sumisión: “aquí nos tenéis en paz y a vuestra voluntad y limpia y en segura amistad, con fe y palabra inviolable de que os tenemos por amigos” (Muñoz Camargo, 193). Este discurso plural refuerza y multiplica la supuesta inmediata adhesión y emula varios versículos bíblicos, desde “Él es el Señor, que se haga su voluntad” (1 Samuel 3, 18) hasta la escena de la Anunciación en que María responde al ángel “Yo soy la esclava del Señor. Que se cumpla en mí lo que tú has dicho” (Lucas 1, 38). De cualquier forma, el relato presenta una abrumadora autoridad de Cortés que eclipsa cualquier otra forma de gobierno, en este caso, esta suerte de tetrarquía tlaxcalteca.

Luego de esto, los *tlatoque* ofrecen desde los elementos necesarios para seguir camino, guerreros y armas, hasta tierras y casas, porque “suyos somos y sus vasallos” (Muñoz Camargo, 193). Esta obediencia absoluta, veloz, se corona con el bautismo de los principales tlaxcaltecas pero, a su vez, releva las significativas omisiones en las que incurre Muñoz Camargo. Nada dice de la desconfianza inicial ni de las batallas entre tlaxcaltecas y españoles.⁵ Lo que el enunciador convierte en consenso entre partes fue, en realidad, resultado de una serie de enfrentamientos que terminaron con la derrota de Tlaxcala. Esto no aparece en la crónica de Muñoz Camargo, que troca la historia en sumisión casi mágica: no hay disidencia, no hay conflicto, no hay guerra, sino un buen recibimiento y un acatamiento inmediato. En efecto, las referencias a la conversión de los tlaxcaltecas son vehementes:

Maxixcatzin y Xicotencatl y los demás principales caciques y señores dijeron a Cortés que no reparase en cosa alguna, sino que ejecutase su intento y que absolutamente hiciese lo que le pareciese y bien le estuviese, porque ellos estaban determinados de creer en dios y en Santa María su santísima madre, y guardar sus mandamientos sagrados y divinos preceptos, y que desde luego daban por ninguna, su ley de idolatría y engaño en que vivían y habían vivido, y que en esta fe y nueva tan santísima querían vivir y morir para siempre jamás e que desde luego pedían agua de bautismo, e que querían ser bautizados. (Muñoz Camargo, 204)

⁴ El discurso de Cortés, que se comunica a través de Malintzin, es un ejemplo rotundo de argumentación: “soy venido a desengañaros del engaño en que vivís y habéis estado, y a traerlos y daros otra ley mejor que la vuestra” (Muñoz Camargo, 194). Esta extensa arenga deja a los cuatro señores “absortos, admirados y suspensos de las cosas que el buen capitán les había dicho y respondido” (Muñoz Camargo, 197), bajo un modelo de elocuencia y evangelización. Dice el narrador sobre los interlocutores tlaxcaltecas: “Habiendo estado muy atentos a todo, e habiendo oído tan blandas y tan amorosas palabras, tan vivas y de tan grande eficacia, que les penetraba los corazones infundiendo en ellos milagrosamente la gracia del Espíritu Santo, y estando llenos de esta plenitud, respondieron muy tiernamente y lagrimosos a estas y tan profundas palabras, diciendo de esta manera: “¡Oh valeroso capitán y más que hombre! Verdaderamente no podemos creer sino que sois hijo de los dioses” (Muñoz Camargo, 197). Velazco estudia este intercambio dialogal, al que llama “coloquio de Tlaxcala”, y explica que se basa en los coloquios de conversión de los frailes franciscanos, fundamentalmente en los *Colloquios y doctrina christiana con que los doze frayles de San Francisco embiados por el papa Adriano Sesto y por el Emperador Carlos Quinto convirtieron a los indios de la Nueva Espanya en lengua mexicana y española*, de fray Bernardino de Sahagún (1564). Entonces, para Muñoz Camargo no hubo enfrentamientos armados entre tlaxcaltecas y españoles sino un coloquio en el que Cortés salió vencedor (310).

⁵ Según Añón, esta omisión y la de la crueldad de los tlaxcaltecas ante los mexicas en el ataque a Tenochtitlan conforman los dos silencios cruciales de *Historia de Tlaxcala* (7).

Observamos en esta elocuente cita, la aceptación del “engaño”, la promesa de la abolición de las prácticas idólatras, y el conocimiento y adhesión a las figuras y mandatos cristianos.

La respuesta del pueblo presenta algo más de resistencia. Los indígenas piden a Cortés “poner a su dios entre los nuestros, que también le serviremos, y adoraremos”,⁶ hecho que genera rechazo en los *tlatoque* quienes, a su vez, plantean que “había de hacerse lo que el capitán quería e que no se tratase más de ello” (Muñoz Camargo, 203). Esta orden surte efecto pues, indica el enunciador, los “endurecidos, rebeldes y obstinados para su conversión” tarde o temprano pidieron agua del bautismo (Muñoz Camargo, 203). Por esto, la llegada de Cortés a Tlaxcala es presentada como la llegada de la salvación. Y Cortés es descrito como una suerte de redentor, eficazísimo orador, justo liberador de tiranías –como juzgaban al gobierno mexica– y extirpador de idolatrías. Recordemos que Muñoz Camargo muestra que Tlaxcala, hasta la llegada del español, a pesar de haber logrado mantener su relativa autonomía, estuvo asediada por los mexicanos. Esta idea del enunciador de mostrar una república conquistada como una república convertida (Velazco, 323) es táctica discursiva que representa a los vasallos como socios, tanto en la guerra como en la religión.

3. Omisiones

Al igual que en otras historias mestizas, el enunciador de *Historia de Tlaxcala* omite pormenores del largo viaje de Cortés a México.⁷ Así, elide el relato de la llegada, la sucesión de mensajeros que interpelan a Cortés a lo largo de su itinerario, la prisión de Motecuhzoma, entre otras cuestiones. Los conflictos que podrían reproducir una imagen negativa de los españoles se resuelven desde la justificación de su conducta.⁸ Sin embargo, sí se narra la Noche Triste como una encerrona fatal que permite a los españoles dar muestras de valor en las peores circunstancias, en la que luchan mano a mano con los tlaxcaltecas contra los mexicas (Aldao, 5-6).

La crítica constante a México es, también, funcional al panegírico de Tlaxcala. Esto se observa en la descripción de Motecuhzoma como un *tlatoani* caprichoso, casi infantil, deseoso de “destruir y asolar la provincia de Tlaxcalla” (Muñoz Camargo, 139). Contrariamente al deseo manifiesto del narrador, Motecuhzoma quería “que no hubiera memoria de ellos en el mundo” (Muñoz Camargo, 140). Según Muñoz Camargo Motecuhzoma muere a causa de una pedrada que arrojan sus súbditos luego de su bautismo, del que fueron padrinos Hernán Cortés y Pedro de Alvarado (215), versión similar a la de las crónicas de tradición occidental.⁹

⁶ Gibson señala que los pueblos mesoamericanos no veían incoherencia alguna en pagar tributo a un gobernante que adoraba otros dioses o en adorar dioses impuestos por otros pueblos (40). De aquí que la contrapropuesta tlaxcalteca al discurso de Cortés sea: “Decid al capitán y respondedle, ¿de qué, por qué nos quiere quitar los dioses que tenemos y que tantos tiempos ha que servimos nosotros y nuestros antepasados? Que sin quitarlos ni mudarlos de sus lugares sagrados, pueden poner a su dios entre los nuestros, que también le serviremos, y adoraremos, o le haremos casas y templos aparte y de por sí, y será también dios nuestro.” (Muñoz Camargo, 202-203).

⁷ Solo especifica que, luego de la matanza de Cholula, “prosiguieron su viaje a la ciudad de México, adonde en breves días llegaron, y el capitán Cortés fue muy bien recibido de paz del gran señor y rey Motecuhzomatzin y de todos los señores mexicanos; y dejando el suceso de esta tan famosa historia a los que de ella escriben y han escrito” (Muñoz Camargo, 213).

⁸ Dice el narrador que Cortés prendió de inmediato a Narváez y le quebró un ojo, para luego incorporar a la gente de su compañía a través de “dádivas y regalos” y, fundamentalmente, promesas (Muñoz Camargo, 214). Aquí también Cortés es descrito como un valiente estratega que convierte a los enemigos, reales o posibles, en nuevos aliados a partir de la disuasión por la fuerza o la persuasión retórica.

⁹ Las crónicas mestizas presentan versiones distintas sobre esta muerte. Según Chimalpahin y Durán, Motecuhzoma es estrangulado o apuñalado, respectivamente, por los españoles. Por su parte, Ixtlilxóchitl

Españoles y tlaxcaltecas combaten contra los feroces enemigos, reforzando una histórica “enemistad mortal” (Muñoz Camargo, 143), pero con el agravante de que los mexicas deciden rechazar, mediante la disputa bélica, su conversión. Muñoz Camargo sitúa el origen de dicha enemistad en los inicios de prosperidad tlaxcalteca y la envidia que esto habría ocasionado en pueblos vecinos, como Huexotzingo y Cholula, quienes deciden incitar a los mexicas mediante difamaciones diciéndoles que Tlaxcala se había apoderado de provincias ganadas por México. Esto generó numerosos “impedimentos de contrataciones”, estorbos en las relaciones y hurtos de mercaderías (Muñoz Camargo, 132-133). El cronista describe el sitio a Tlaxcala que duró más de sesenta años y por el que carecieron, entre otras cosas, de algodón, oro, plata, plumería verde, cacao y sal (134). La guerra final se dio “diez y ocho años antes de la venida de los españoles” (Muñoz Camargo, 135). Esto es relevante pues es un sitio que sí se narra y una guerra de la que se informa. He aquí uno de los ejemplos más vehementes de las intenciones del cronista en sus operaciones de elisión, selección y elipsis.

4. Afianzamiento de la alianza

Luego de los sucesos de la Noche Triste, el relato de la *Historia* vuelve sobre Tlaxcala para centrarse en la alianza entre el capitán y su ciudad que, según el texto, gesta el inicio de la evangelización, simulando que no hubo imposición sino simple acuerdo entre el conquistador y los *tlatoque*.¹⁰ Aquí Muñoz Camargo esgrime uno de sus grandes argumentos con que defiende su posición en la Colonia: luego de la huida de Tenochtitlan y preparando lo que será la victoria final contra México, Cortés promete a los tlaxcaltecas a cambio de su colaboración, “Que si dios nuestro señor le daba victoria, tendrían parte de todo lo que conquistase, así de despojos de oro y otras riquezas de todas las provincias y reinos que se ganasen y conquistasen” (Muñoz Camargo, 229-30). La alianza, planteada más como un vínculo espiritual que como un convenio político o militar (Pastrana Flores, 252), queda sellada con la intermediación del dios cristiano, pacto que cobra mayor relevancia en tanto los tlaxcaltecas participan de una lucha contra “sus gentes”.¹¹ Es aquí

plantea dos versiones: una de ellas, sigue el relato del pueblo enfurecido que asesina a su mandatario a pedradas; según la otra, los españoles asestaron un espadazo en las partes bajas del *tlatoani* mexica.

¹⁰ Los señores tlaxcaltecas aliados de Hernán Cortés a esta altura ya eran tres, en lugar de cuatro. En el texto, el capitán general Axayacatzin Xicotencatl, hijo de Xicotencatl el viejo, quien gobernaba la cabecera a causa de la avanzada edad de su padre, es descrito como “hombre alocado y de poco consejo y prudencia y muy mudable en sus pareceres, alterado y sedicioso” (Muñoz Camargo, 227) y acusado de traidor por rebelarse contra los españoles al pretender una alianza con los mexicas. Cuenta la *Historia de Tlaxcala* que este *tlatoani* guerrero siempre se había pronunciado a favor de mantener las hostilidades para con los españoles, a pesar de actuar con disimulo en la bienvenida y en actividades posteriores. Luego de la Noche Triste, Cortés sospecha fuertemente de él intuyendo que, ante la derrota, preparaba un ejército tlaxcalteca para vencerlo. Cortés lo manda ahorcar cerca de Texcoco en 1521, cuando aún su longevo padre no había fallecido, “por consentimiento de la república de Tlaxcalla” (Muñoz Camargo, 227). En esta versión de la conquista las decisiones de Cortés son permanentemente avaladas por los tlaxcaltecas. Xicotencatl es, en el texto, contraparte de Maxixcatzin, fiel aliado de Cortés. Su familia continuó la alianza: su sucesor, don Lorenzo Maxixcatzin, murió en España “yendo a dar la obediencia al Emperador don Carlos, rey nuestro señor” (Muñoz Camargo, 110, 123). Además, de todos los señores fue “el que más sintió el mal tratamiento de sus amigos” y quien envió doscientos mil hombres a socorrer a los españoles luego de la Noche Triste (Muñoz Camargo, 225). El cronista restituye la importancia de esta cabecera “porque algunos lo tienen en opinión de advenedizos, de oscuro y bajo linaje” (Muñoz Camargo, 111). Recordemos que el autor pertenecía por descendencia a la casa señorial de Ocotelolco, correspondiente a Maxixcatzin, y que Xicotencatl descendía de la cabecera de Tizatlán.

¹¹ La promesa de Cortés a Tlaxcala se inscribe en una tradición que aparece hacia mediados del siglo XVI. En 1562 el Cabildo afirmó formalmente que Cortés se había obligado, en nombre del rey, a eximir a los tlaxcaltecas del pago de todo tributo y a concederles varias poblaciones. Se llevó a cabo una encuesta entre los conquistadores que aún vivían. Aunque la mayoría afirmó no tener conocimiento de la promesa, unos

donde el enunciador proporciona información que en las crónicas compuestas por soldados se encuentra elidida. La ayuda prestada por su pueblo fue mucho más que alojamiento y guerreros. Los tlaxcaltecas aportaron desde las municiones y “cosas necesarias” hasta ideas clave para la batalla, por ejemplo, la de armar bergantines para aprovechar el espacio lacustre. Además, fueron ellos mismos los encargados de transportar dichas embarcaciones hasta la laguna de Texcoco (Muñoz Camargo, 231). A su vez, aconsejaron por qué pueblo convenía comenzar la guerra para “desmembrar y cortar las raíces del árbol” (Muñoz Camargo, 232). Señala Muñoz Camargo que los tlaxcaltecas que acompañan a Cortés en el asalto final contra Tenochtitlan fueron nada menos que diez mil, y aunque no sabemos si dicho cálculo es preciso, es necesario destacar el gesto de brindar una cantidad ya que todo número referente a los indígenas “aliados” se encuentra matizado en las crónicas de tradición occidental (claramente, porque es un número apabullante frente a la escasez de soldados españoles).¹² Sin embargo, el narrador no pretende mostrar a los suyos como guerreros vengativos que aprovechan la alianza para finalizar una enemistad de años. Por el contrario, a los tlaxcaltecas “les daba pena, dolor y lástima” (Muñoz Camargo, 231) estas hostilidades con los mexicas.

Entonces se elide la batalla y la conquista de México no es descripta. De inmediato, el narrador alude a una victoria que parece haber sido muy sencilla: “se conquistó y pacificó toda la máquina de este Nuevo Mundo, como más elegantemente lo tratan los escritores de la conquista de México a que me refiero” (Muñoz Camargo, 233). El relato de la guerra se interrumpe para dar paso al de la llegada de los doce frailes franciscanos,¹³ trocando de esta manera violencia por paz.

En esta omisión, Muñoz Camargo remite a las fuentes que seguramente consultó, y que detallarían mejor la guerra, sin extenderse en descripciones. Lo que resulta extraño es que, si su objetivo es relevar el papel tlaxcalteca en la conquista de México, el relato del asedio a Tenochtitlan hubiera sido un argumento irrefutable. Además, el narrador pormenoriza que la ayuda de su pueblo continuó en las expediciones posteriores que realizan Cortés u otros conquistadores.¹⁴ Por tanto, el texto deja en claro que Tlaxcala no se alió con Cortés solo por venganza hacia México. Y que su participación, más que una alianza, fue una elección, una apuesta a todo o nada.

Tlaxcala es, así, punto de inicio y de finalización de la conquista. Pero, también, pionera en la historia de la evangelización. Mediante la inclusión del relato de la alianza que gestan españoles y tlaxcaltecas, el enunciador muestra a un pueblo no sometido sino adepto, y a los españoles, comprometidos con ellos a través de las palabras de su propio capitán, argumento fundamental de Muñoz Camargo para que se reconozcan sus derechos.

5. “Usando sus astucias como astuto capitán”. Cortés según la *Historia*

pocos afirmaron que sí se había producido. Con base en este último testimonio, la Audiencia se comunicó con el rey y confirmó dicho pacto en términos de distintos beneficios. El rey ordenó en 1595 la exención de tributos y otros privilegios para Tlaxcala (Gibson, 156).

¹² Gibson plantea que fueron veinte mil (35), sin incluir otros indígenas aliados con los que ya contaban, como tezcocanos, huexotzingas, cholultecas y cempoaltecas.

¹³ Dichos frailes desembarcaron en San Juan de Ulúa en mayo de 1524. Luego de un extenso viaje a pie y descalzos, llegaron a México en junio de ese año. Estos frailes franciscanos fueron Martín de Valencia, Toribio de Benavente Motolinía, Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Antonio de Ciudad Rodrigo, García de Cisneros, Juan de Ribas, Francisco Jiménez, Juan Juárez, Luis de Fuensalida, y los legos Juan de Palos y Andrés de Córdoba.

¹⁴ Los tlaxcaltecas marcharon junto a Cortés hacia Pánuco, en 1522, acompañaron a Pedro de Alvarado a Guatemala, en 1524, y a Nuño de Guzmán al oeste de México, en 1530 (Gibson, 36).

En *Historia de Tlaxcala* Cortés es presentado, por sobre todo, como un hombre de gran manejo discursivo, desde la primera carta que entrega a los señores tlaxcaltecas con “cosas de gran persuasión” (Muñoz Camargo, 185). Así —en primera instancia— insta desde lo escrito antes que desde lo oral a la evangelización. Posteriormente, sus palabras ante los *tlatoque*, extensas y grandilocuentes, predicán con firmeza, cual fraile, la conversión: “Y llamaros héis cristianos, como yo me llamo y se llaman y apellidan todos mis compañeros, que es el más alto blasón, renombre, y apellido que podemos tener” (Muñoz Camargo, 195). Y, curiosamente, desde el primer alegato convence a los señores tlaxcaltecas de creer en su dios.

Múltiples anécdotas demuestran que el arma cortesiana fundamental es la astucia. Recién llegado a Tlaxcala trata con los señores sobre la importancia de castigar a Motecuhzoma, “su capital enemigo” (Muñoz Camargo, 188), en una manipulación discursiva mediante la que se presenta como colaborador.¹⁵ Los indígenas lo llaman “chalchiuh capitán”, es decir, “capitán de gran valor y estima” (Muñoz Camargo, 192). En la representación del conquistador, en varias oportunidades, es homologado con Cristo. Por ejemplo, en uno de sus discursos ante los *tlatoque*, dice Cortés: “Yo no vengo a matar gentes ni a cobrar enemigos, sino a cobrar amigos y a dalles nueva ley y nueva doctrina” (Muñoz Camargo, 232), frase similar a la bíblica “el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir” (Mateo 20, 28). Pero también se asocia la presencia de Cortés con la paz de la tierra: “El capitán Hernando Cortés y sus compañeros vinieron a la conquista de esta tierra y entraron por esta provincia de Tlaxcala, hasta que se entendió su paz y seguridad” (Muñoz Camargo, 73).

Sagacidad, astucia, valentía, son atributos que caracterizan a Cortés. Observemos cómo la descripción toma tintes hiperbólicos durante la batalla de Otumba:

Viéndose nuestro capitán Hernando Cortés en tanto aprieto y peligro de perderse él y su gente, y el notable desmayo de los nuestros, determinó con ánimo invencible que dios le dio de entrar rompiendo como entró por medio de un escuadrón, con una lanza en la mano, alanceando e hiriendo a una parte y a otra a sus enemigos, matando y atropellando cuantos por delante hallaba, poniendo increíble espanto a sus contrarios: de tal manera se dio tan buena maña, ayudado de dios nuestro señor y su santísima madre, que llegó a alancear al general de todo el campo, que rompiendo por todos los escuadrones como está referido, lo atropelló con el caballo dándole de lanzadas le mató y le quitó la divisa que traía, la cual los naturales llamaban *tlahuizmatlaxpilli*, que era de oro y de muy rica plumería; la cual presea mandó guardar y tener, por una de las más estimadas empresas que había ganado. (Muñoz Camargo, 222-223)

Descripción heroica, tácticamente enmarcada en la ayuda de Dios y la Virgen, en la que el capitán valiente arenga a sus soldados ante la desazón general, espanta a los enemigos y, mediante la quita de divisa, borra la identidad del otro. Lo que califica al buen guía, aquí, es la recuperación inmediata ante el “desmayo” del resto.

Cortés también es ejemplo. El narrador atribuye a su devoción que “el día de hoy los naturales tienen en mucho a los sacerdotes y siervos de dios, máximamente a los maestros de doctrina de la orden del señor San Francisco” (Muñoz Camargo, 233-234). El enunciador es el mejor panegirista puesto que declara que la fe es su propósito primero; conseguir gloria e inmortal fama, el segundo (Muñoz Camargo, 204).

La de Muñoz Camargo es una de las pocas crónicas que sigue la vida de Hernán Cortés luego de su victoria sobre México. Indica el narrador que en la expedición a Hibueras

¹⁵ Para evitar que mexicanos y tlaxcaltecas se amigasen en su contra y “por evitar malos pensamientos y otras nuevas ocasiones y propósitos procuró Cortés de no dejar de la mano a sus nuevos amigos y confederados usando como siempre sus astucias como astuto capitán de la buena ocasión que presente tenía” (Muñoz Camargo, 206).

pasó “muy grandes trabajos y sucesos inauditos” (245), lejos de la imagen del Cortés asesino que durante el camino manda ahorcar a Cuauhtémoc, Cohuanacochtzin, Tetlapanquezatzin y otros *pipiltin*, como narran del Castillo, Ixtlilxóchitl y Chimalpahin.¹⁶ Además, después de la expedición a Hibueras, muchos españoles se volvieron contra él, por lo que debe viajar a Castilla. Entonces, la representación es la de un Cortés también víctima de la ambición de los otros, que debe continuar su lucha contra mezquindades ajenas.

El lugar que ocupa la figura de Cortés en la *Historia* es clave porque el texto quiere transmitir el ejemplo de un conquistador que, tras haber favorecido a la Corona, finaliza sus servicios colmado de gloria y, en especial, de mercedes. No olvidemos a quién dirige su historia Muñoz Camargo y qué es lo que quiere lograr con ella. Por esto mismo, su texto destaca los favores que un servidor real ganó con colaboración invaluable de los tlaxcaltecas, de quien él mismo es descendiente.¹⁷

Esta “fama y gloria” (Muñoz Camargo, 245) del capitán no es nada menos que resultado de un trabajo conjunto. Hábil narrador, más que brindar una descripción objetiva de Hernán Cortés, ficcionaliza un héroe que, pese a su valentía y condiciones de mando, no podría haber vencido sin los tlaxcaltecas, convertidos en esta crónica en los verdaderos guerreros y héroes de la conquista.

6. Observaciones finales

Qué importante es revisar el archivo en épocas conmemorativas. El acto significativo es releerlo desde distintas perspectivas, despojados de preconcepciones. Quizás porque toda conmemoración es, en sí, un homenaje. Y todo homenaje es un despertar de la memoria.

El eje de este artículo, la conquista de Tenochtitlan es, sin dudas, un problema férreamente relacionado al archivo colonial latinoamericano. En parte, por su compleja materialidad: baste recordar que está compuesto por jirones, folios ajados, borrones, manchas, copias, láminas faltantes y capítulos desaparecidos. También porque se compone de reescrituras: el caso de *Relación de Texcoco* de Juan Bautista Pomar, copiada por Ixtlilxóchitl, o el traspaso de la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* a la *Historia de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo, por nombrar algunas. Pero además porque las crónicas mestizas son verdaderas “operaciones comunicativas híbridas” (Costilla Martínez 2017) que oscilan en tono, enunciación, silencios y omisiones. Aun cuando aborden el mismo tema o hecho, dicen cosas distintas por diversos motivos – intenciones, intereses, objetivos de los cronistas cuyas biografías a veces son oscuras, imprecisas. Y ese es un problema de archivo: qué hay, qué dice, cómo se lee.

¿Por qué una crónica compuesta por un cronista tlaxcalteca no narra la caída de Tenochtitlan, relato que convendría a sus propósitos? El enunciador de la *Historia* remite al lector a otros textos que sí dan cuenta del sitio, pero no brinda su versión a pesar de

¹⁶ “(Cuauhtemoc) fue ahorcado en una ceiba por los españoles [...] grillos y cadenas de hierro le asían los pies para que estuviera colgando” (Chimalpahin, 217); “[Cortés] los fue ahorcando de uno en uno, primero, al rey Quauhtémoc y luego a Teteapanquezatzin y a los demás, y el postrero fue Cohuanacochtzin” (Ixtlilxóchitl, 503); “Cuauhtemotzin murió allá, en Huei Mollan, y también muchos otros gobernantes y capitanes. Allá los colgó, los ahorcó el capitán Hernando Cortés, cuando los llevaba a Huei Mollan Xallixco” (Del Castillo, 163).

¹⁷ La colaboración de Tlaxcala fue, sin dudas, invaluable pero no sumisa ni ingenua: señala Inga Clendinnen que los tlaxcaltecas rechazaron participar en toda expedición, como el encuentro con Narváez, que no tuviera incidencia directa en sus intereses. Por otro lado, se retiraban de la batalla según su voluntad, llevándose con ellos el botín obtenido. Además, pidieron paga a los españoles por la ayuda prestada después de la Noche Triste y consideraron antes la utilidad de matarlos. Su autorepresentación como amigos fieles y voluntariosos servidores llegó años después de la conquista, como parte de una campaña por privilegios (28).

que podría hacerlo con detalles. *Historia de Tlaxcala* narra otra conquista, que no es la de México pero que la sugiere, y que no ha precisado de las armas sino de la persuasión estratégica de Cortés. El cronista ordena, elige, jerarquiza las escenas. La omisión de este relato funciona como táctica de pasaje de un mundo indígena a un mundo cristiano, pasaje sin disputas, sin ruptura.

Quizá de las crónicas mestizas, *Historia de Tlaxcala* sea la más atípica, a simple vista la que más se asemeja al discurso del conquistador pero, en una lectura atenta (y aquí la importancia de volver al archivo), una crónica atravesada por las tradiciones indígena y occidental, y la retórica misionera. Todo esto gesta un vaivén enunciativo que oscila entre el yo mestizo, el yo español –y con más firmeza– el yo cristiano. Esta oscilación puede pensarse como una táctica del cronista para forjarse un lugar en un mundo posconquista, transcultural. Una táctica que consiste en utilizar su escritura como forma de conjurar el caos.

En las historias mestizas, los tlaxcaltecas no son los guerreros invisibilizados de la crónica occidental, tampoco los “amigos”, como eufemísticamente los llama Cortés, ni los hacedores de la “crueldad feroz y antinatural” de la *Tercera Carta de relación*.¹⁸ El cronista mestizo decide ser protagonista de la historia, no mero espectador de la caída de su mundo.

Observar estos textos desde su importancia histórica y desde su enunciación intenta ser una forma de volver a pensarlos, y revisar nuestras prácticas académicas en relación a lo instalado. Releer los textos pero, también, los conceptos surgidos de ellos, como los términos “conquista”, “encuentro”, “diálogo”, “descubrimiento”, “entrada”, entre tantos otros. Reflexionar estas cuestiones es una deuda, además de una operación crítica que se relaciona estrechamente con las lecturas sobre *Historia de Tlaxcala* y el corpus mestizo del archivo colonial.

Sin dudas, hay que aproximarse a estas historias mestizas desde un análisis multidisciplinar y contrastivo: multidisciplinar, porque historia y literatura –principal pero no únicamente– deben coexistir en las lecturas; contrastivo porque otras crónicas de Indias deben iluminar el abordaje– la escritura de los frailes, que también eliden el relato de la conquista; la de otros mestizos, cuyo posicionamiento oscila en tono y tema; la de los soldados conquistadores, que suele omitir o matizar las referencias a la ayuda de los indígenas durante el asedio. Esta perspectiva es de suma relevancia, no para comprobar la supuesta veracidad de los hechos sino para constatar que lo que comúnmente llamamos “conquista de México” debe abordarse desde las distintas versiones de las historias que la narran u omiten.

El relato de la conquista tanto como su ausencia o matiz pone en escena la perplejidad ante un mundo desgarrado o que comienza a desgarrarse y que la escritura puede paralizar, dejar roto, en el archivo, para siempre. Quizás es por esto que las historias mestizas dedican tanta extensión al relato del pasado de los pueblos (Texcoco, Tlaxcala), un pasado en el que, excepto en lo que atañe a lo que el universo cristiano repudia, reina la armonía y la organización. Quizás es por esto que saltan el relato de la caída de México: no por carecer de fuentes y testimonios –el resto de la crónica es ejemplo de lo mucho que averiguan e “inquieren” los cronistas–, tampoco por “justificar” la conquista en pos de la introducción de la fe, ni por ser los cronistas cristianos educados por franciscanos y vivir en un mundo transcultural. Con esto quiero decir que la elisión de ese relato no es “natural”. Es adrede, es una táctica. Es una pretensión de determinar qué debe quedar en la memoria. Y, en este sentido, creo que sucede, aunque suene anacrónico,

¹⁸ Algunos historiadores, incluso, plantean que hoy día resultan insostenibles los términos “aliados”, “ayudantes”, “seguidores” (Navarrete Linares, 362).

por temor al archivo, temor a que la palabra paralice esa destrucción para siempre, y en ese gesto, inmortalice lo inexorable.

Obras citadas

- Aldao, María Inés. “‘Como si la tierra temblara’: dos versiones de la Noche Triste en las crónicas mestizas.” *Actas de las XXVII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana 2015*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2017. 1-8.
- Añón, Valeria. “Memoria rota, tensión y armonía en crónicas mestizas novohispanas.” *Orbis tertius* 17 (2011): 1-9.
- Biblia Latinoamérica*. Madrid: San Pablo /Editorial Verbo Divino, 1995.
- Castillo, Cristóbal del. *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Asociación de Amigos del Templo Mayor / García y Valadés Editores, 1991.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco San Antón Muñón. *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*. México: Conaculta, 2003.
- Clendinnen, Inga. “Crueldad feroz y antinatural: Cortés y la conquista de México.” En Stephen Greenblatt, comp., *New World Encounters*. Berkeley: University of California Press, 1993. 12-47.
- Cortés, Hernán. *Segunda carta de relación y otros textos*. Buenos Aires: Corregidor, 2010.
- Costilla Martínez, Héctor. *Hibridez, escritura y reconstrucción histórica en la Relación de Texcoco (1582) de Juan Bautista Pomar y la Historia de Tlaxcala (1592) de Diego Muñoz Camargo*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2017.
- Durán, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*. México: Porrúa, 2006.
- Elliott, John. “La conquista española y las colonias de América.” En Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina. Vol. I: América Latina colonial: la América precolombina y la conquista*. Barcelona: Crítica, 1990. 125-169.
- Gibson, Charles. *Tlaxcala en el siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. *Obras Históricas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.
- Lienhard, Martin. “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 17 (1983): 105-115.
- Muñoz Camargo, Diego. *Historia de Tlaxcala*. Tlaxcala: Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998.
- Navarrete Linares, Federico. “La conquista del siglo XVI y la conquista actual.” En Martín Ríos Saloma, ed., *Conquistas. Actores, escenarios y reflexiones. Nueva España (1519-1550)*. Madrid: Sílex Ultramar Ediciones, 2021. 355-373.
- Pastrana Flores, Miguel. *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*. México: Universidad Autónoma de México, 2009.
- Pomar, Juan Bautista. “Relación de Tezcoco.” En Joaquín García Icazbalceta, ed., *Nueva colección de documentos para la historia de México. Tomo III. Pomar, Zurita, Relaciones antiguas (siglo XVI)*. México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891. 1-69.
- Ramírez Santacruz, Francisco y Héctor Costilla Martínez. *Historia adoptada, historia adaptada. La crónica mestiza del México colonial*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2019.
- Rozat Dupeyron, Guy. *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*. México: Universidad Veracruzana, 2002.

Velazco, Salvador. “El ‘coloquio de Tlaxcala’ de Diego Muñoz Camargo.” *Estudios de Cultura Náhuatl* 34 (2003): 307-329.